

**El Dr. Luis Santaló:
un experto matemático y un sabio**

Celina A. Lértora Mendoza

El Dr. Santaló se definía a sí mismo como “un hombre del siglo XX”, y decía “Soy radicalmente un hombre del siglo XX. He nacido a principios del siglo y por ley de la vida me iré antes que termine”. Y así fue. Transitó un siglo conflictivo y paradójico, vivió en su España natal los avatares políticos que lo trajeron, como a muchos otros, a tierras americanas. Y aquí hizo raíces y se sentía integrado, participe no sólo de la vida científica a la que pertenecía por profesión, sino también a la cultural y a la social. Fue un gran matemático, según opinan los expertos; llegó a la máxima categoría en el CONICET, donde siempre trabajó, recibió muchos premios, y un teorema de su elaboración lleva su nombre. Desde este punto de vista es lo que llamaríamos un “gran experto”. No me corresponde a mí juzgar esta faceta de su personalidad. Pero Santaló se vinculó tempranamente a FEPAI y en este aspecto sí me considero tonel derecho –y el deber- de decir algunas cosas en su homenaje.

Hace unos días, en un descanso de una jornada científica, en Rosario, un profesor, doctor en Química y espíritu inquieto, Gerardo Orallo, hizo la siguiente pregunta, desafiando a los profesores que lo acompañábamos en la mesa de café: “¿Qué es un sabio? ¿Cómo puede definirse un sabio?” y dirigió la pregunta concretamente a mí. Rápidamente contesté que un sabio no se define, que no es posible dar una definición universal y unívoca de sabio. La Lic. Tatiana Carsen añadió inmediatamente: “Coincido, no se puede dar una definición de un sabio, pero cuando estamos frente a un sabio, lo sentimos, es una intuición, especie de empatía”. El Dr. Orallo insistió: “De acuerdo, no hay una definición sino, en todo caso, una demostración: ese es un sabio: pero igual pregunto, cómo se puede distinguir a un sabio de quien no lo es”. Recordé, en un orden de cosas muy distinto, una reunión de melómanos donde se discutía quién es un “gran cantante”. Y el musicólogo Pablo Bardin propuso esta caracterización que me parece sumamente acertada: “un gran cantante interesa aunque no esté bien de voz; un buen cantante tiene que estar bien de voz para interesar”. Esto me pareció perfectamente aplicable a la pregunta de nuestro colega y así lo dije y lo reafirmo: un sabio interesa cualquiera sea la materia sobre la cual trate, un experto tiene que hablar de su materia para interesar. Y sin menoscabo de nadie, para mí esa es la distinción que hay entre dos personalidades de enorme valor científico: Mildstein y Santaló. No me corresponde a mí juzgar los méritos científicos de uno u otro; pero los he conocido y he hablado con ellos, y puedo decir que Mildstein interesa en lo suyo, Santaló interesa en todo.

Es precisamente, a mi juicio, esta visión universal y profunda de cualquier tema lo que caracteriza al sabio, aunque toque asuntos en los cuales no es experto. Santaló no era un historiador de la ciencia y nunca lo pretendió. Sin embargo sus puntos de vista fueron muy valiosos para mí en particular y para la dirección que se imprimió al Área de Pensamiento Científico en FEPAI. Podría decir, sintetizando mucho, que tuvo dos aportes de inestimable valor. Uno fue su concepción de la historia de la ciencia como una conciencia crítica de la ciencia, aunque él no lo decía en estos términos. Pero su concepción de la disciplina iba mucho más allá, no sólo de la visión anecdótica de los logros de la ciencia o de los científicos, de las celebraciones y los onomásticos, sino incluso iba más allá de la concepción documentalista e histórico-crítica que era estándar en Argentina hace 30 años.

La otra intuición era que la ciencia argentina debía ser estudiada desde dentro, desde los parámetros propios de su desarrollo interno y no desde parámetros (sean temáticos o cronológicos)

externos, porque las condiciones de realización varían en cada caso y es importante tener en cuenta esas particularidades, no sólo lo que pueda generalizarse como aporte a la ciencia universal. Hoy diríamos que él tuvo una intuición bastante cercana a lo que llamamos “pensamiento situado”.

Quisiera citar, para que nos atengamos a sus palabras y no a las mías, algunos párrafos. He dicho que él “sentía” (tal vez más que “concebía” o “pensaba”) la historia como una conciencia crítica. En una conferencia dada en nuestras I Jornadas de Historia del Pensamiento Científico Argentino, titulada sugestivamente “La ciencia argentina: su historia y su filosofía” decía:

“El presente de los pueblos es una consecuencia del pasado y del análisis de cómo ese pasado se ha ido forjando, mezclando circunstancias e importando y elaborando factores constructivos diversos, podremos, tal vez, extrapolar un poco hacia el futuro y establecer normas para alcanzar metas idealmente deseables y prácticamente posibles. De aquí que la historia, modelo de experiencias y cantera de enseñanzas, sea un conocimiento importante, casi esencial, para entender el presente y escudriñar su evolución hacia el futuro”¹.

Así como consideraba que la historia de la ciencia argentina tiene un sello propio, su peculiaridad, afirma, se entronca con la situación en que se da, por eso no hesita en hablar de una “ciencia nacional” que, como para todos los países nuevos, tuvo que comenzar por la asimilación de lo ya dado; no se trata de ninguna *capitis diminutio* vergonzosa, sino de un proceso normal en la constitución y desarrollo del pensamiento humano:

“Antes de tomar caracteres propios, el pensamiento sigue con la inercia de la importación y, por cierto tiempo, se nutre de los vientos llegados de la civilización precedente. Poco a poco, a través de los hechos naturales de independencia política y organización nacional, pueblos e ideas van tomando características propias. Tiene sentido hablar de un pensamiento nacional”².

La historia de la ciencia, que he llamado conciencia crítica de ella, es vista por Santaló como un recurso intrínseco a la ciencia misma, para lograr una visión retrospectiva que la ayude en su quehacer diario. No es algo extrínseco, un adorno o un barniz, sino necesidad natural de situarse en el presente con una mirada hacia atrás que se proyecte hacia adelante:

“En el caso del trabajador científico, para mejor comprender su situación y su papel dentro de la sociedad actual, necesita mirar hacia el pasado y analizar la historia del pensamiento científico tanto en su conjunto como en el área de cada especialidad. Con la historia no solamente se satisface una curiosidad natural, sino que se consigue ubicar el trabajo propio en el presente y en cierto modo proyectarlo en el futuro”³.

Ahora bien, este pensamiento nacional, que configura una especie de humus común en el cual el interesado en la ciencia visualizará un sector, debe entenderse a la luz de su situación general, la de la sociedad y la cultura en que se inserta la ciencia:

¹ *Primeras Jornadas de historia del pensamiento científico argentino. Actas*, Bs. As., Ediciones FEPAI, 1982, p. 13.

² *I Jornadas*, cit., p. 14.

³ “Alocución inaugural”, *II Jornadas de historia del pensamiento científico argentino. Actas*, Bs., As., 1983, p. 7.

“Todas las actividades humanas, aunque diferentes en las formas, presentan una íntima unidad motivadora. La evolución del pensamiento científico va unida a la evolución del pensamiento filosófico, y todo ello, a la evolución política y social de los pueblos”⁴.

Abundando en esta idea, dice en la “Alocución inaugural” a las II Jornadas:

“...es importante estudiar el pensamiento científico a través de su influencia en la legislación, organización social y política u creación de instituciones científico culturales, estudiando el nivel científico de la población y el rango de las ideas científicas en el medio ambiente cultural del momento, así como su influencia en la organización industrial y agrícola ganadera del país. Cada gobierno ha tenido siempre una idea sobre la importancia del desarrollo científico, y la historia de estas ideas puede ser útil para entender la evolución general y el estado presente del país, en muchos aspectos”⁵.

Su concepción sobre la historia de la ciencia, su objetivo y su importancia, fue más expresamente expuesta en la conferencia titulada “La historia de las ciencias en la Argentina en la década de los años 80”, durante las V Jornadas⁶. Allí reflexiona que si bien la historia de la ciencia en sentido amplio ha existido desde que hubo ciencia, como deseo de recordar los logros, muchas veces expuestos en la obra de los científicos mismos, en el siglo XX alcanzó su estatuto propiamente científico, organizándose como disciplina de autonomía relativa. En esta conferencia dedicó varios párrafos a un tema que hoy resulta de capital interés: la documentación científica. Resulta aleccionador que exprese esta preocupación en términos de científico activo y no –como es usual- en términos de gestión de recursos. Él observa bien la relación directa entre acceso a la información y productividad, a nivel individual y sobre todo a nivel de equipo, en los centros o institutos. Digo que resulta aleccionador porque si bien en el CONCIET siempre hubo, por inspiración de Houssay, un programa de información científica, la realidad es que sucesivos Directorios han sido renuentes a darle la relevancia que tiene el sistema de información científica, y que le es reconocido por los países más adelantados en investigación científica y tecnológico.

Luis Santaló es un recuerdo afectuoso y valorado en FEPAI a la que acompañó en la primera década de su existencia, en los años de consolidación y fortalecimiento. Hoy sentimos que nos acompaña desde las ideas que sabiamente nos proporcionó. Ese es el sentido de este homenaje.

⁴ *I Jornadas*, cit., p. 14

⁵ *II Jornadas*, cit., p. 8.

⁶ *V Jornadas de historia del pensamiento científico argentino. Actas*, Bs. As., Ed. FEPAI, 1994:7-14.